



MARC R. SOTO

EL

HOMBRE

DIVERGENTE

Desde que tenía uso de razón, mucho antes en realidad de que supiera qué significaban, Eduardo Ledantes había tenido divergencias. Cuando se descubría asesinando al hermano que nunca había tenido, cuando despertaba a los pies de una cama de matrimonio con una cuchilla ensangrentada en la mano o encerrado en un barril maloliente y oscuro, sabía que no se trataba más que de eso: divergencias. Con el tiempo, las divergencias desaparecieron, pero ahora, veinte años después, vuelven a asaltarle en sus horas de vigilia. Inconexas y macabras como los destellos de un *flash* sobre un cadáver, parecen dibujar una verdad a la que tendrá enfrentarse. Por horrible que sea.

EL HOMBRE DIVERGENTE

Marc R. Soto

*A mis padres,
por inocularme este dulce veneno.*

Prólogo

Desde que a mediados de los años setenta del siglo XX Stephen King, que en aquella época era aún un joven escritor desconocido, sacó el terror de los castillos y las criptas y consiguió persuadir a millones de lectores de que el sentimiento más poderoso del ser humano no tiene por qué estar ligado a lo gótico, otros autores han intentado hacer algo parecido con desigual fortuna. Me vienen a la memoria Ramsey Campbell, Peter Straub, Dan Simmons, Johnathan Carroll, Dean Koonz... autores de algunas novelas realmente notables en las que, como en el caso de King, el terror está a la vuelta de la esquina, conviviendo con personajes tan cotidianos, cuando no vulgares y anodinos, que podríamos ser nosotros mismos.

Pero del mismo modo que, durante mucho tiempo, nadie podía hacerse a la idea de que el terror era posible sin ambientación gótica, ha tenido que volver a pasar mucho más para que los lectores empezaran a aceptar que tampoco era necesario que el terror narrativo fuera de procedencia anglosajona y que las historias estuvieran ambientadas en países fuera de nuestro ámbito cultural. Después de haberse dejado arrullar por los horrores de Castle Rock, el lector no se animaba a creer que aquellos mismos horrores pudieran darse en Medina del Campo, pongamos por caso. Y eso resulta curioso, porque todo lector de terror serio sabe perfectamente que está tratando con una de las emociones humanas más primitivas, más antiguas, probablemente incluso más que el amor, y por tanto me-

nos proclives a darse únicamente en países de lengua inglesa. Quien más quien menos todos nos asustamos de lo incomprensible, de la oscuridad, de los monstruos que nos acechan, en Inverness o en Alicante.

En el ámbito literario español el género de terror, además, siempre ha sido considerado como subliteratura, algo trivial, carente de profundidad intelectual y de dominio estilístico, apto sólo para lectores poco formados. Incluso joyas anglosajonas del género como *Drácula*, de Bram Stoker, *Frankenstein*, de Mary Shelley, o *El extraño caso del Dr. Jeckyll y Mr. Hyde*, de Robert Stevenson, han tardado más de un siglo en ser consideradas alta literatura, patrimonio de la humanidad, y algunos críticos siguen insistiendo en que no son novelas de terror, como si el pertenecer a ese género rebajara en alguna medida su excelencia.

Ese ha sido también el caso de algunos de los relatos de Julio Cortázar –relatos en los que intervienen explícitamente figuras reconocibles como vampiros, fantasmas y monstruos y donde los personajes humanos son minuciosamente destruidos en cuerpo y mente– que la crítica ha conseguido, con éxito, etiquetar simplemente como... «fantásticos», haciendo caso omiso del efecto que producen en el lector.

En España, país... de rancia tradición realista, como se lee en casi cualquier historia de la literatura –personalmente, yo subrayaría el adjetivo y, como es bien sabido, lo rancio suele oler mal–, lo fantástico ha sobrevivido siempre un poco al margen, y lo explícitamente terrorífico, en la mejor tradición del género, ha tenido que refugiarse siempre en el subsuelo, en las criptas y catacumbas del negocio editorial, asomando a veces discretamente su hocico deforme para delicia de los lectores entregados y escándalo de los demás.

Pero lo importante es que ha sobrevivido y el libro que tienen ahora en sus manos es buena prueba de ello.

Nunca he sido partidaria de leer prólogos –mucho menos de escribirlos– porque los prologuistas suelen tener por costumbre contarnos ya de entrada lo que nos espera en las siguientes páginas y decirnos además lo que estamos a punto de pensar y sentir al leerlas. Si aciertan, de todas formas nos han matado la sorpresa; si se equivocan y no pensamos y sentimos lo que nos habían aconsejado, nos queda una sensación frustrante de que o el libro o nosotros no estábamos a la altura.

De modo que les aconsejo que no lean este prólogo hasta que hayan terminado la lectura de *El hombre divergente*, pero como supongo que lo más probable es que no me hagan caso y sigan leyendo, no les voy a decir casi nada sobre lo que les espera a continuación, sino algo que de otra forma no podrían saber.

Marc y yo nos conocimos hace unos años de un modo que en mi juventud habría sido pura ciencia ficción: a través de un *e-mail*. Un día abrí el correo y me encontré con un mensaje de alguien que yo no conocía y que resultó ser un joven escritor, autor de uno de los relatos de *Paura 1*, la antología de cuentos de terror en la que también aparecía una historia mía. Le dije que su relato me había gustado mucho, que se notaba que era un auténtico contador de historias, con buen pulso para la tensión y con una excelente prosa, flexible y afilada como un arma, lo mejor que puede tener un escritor.

Seguimos intercambiando mensajes y hace un par de veranos nos encontramos tridimensionalmente en Gijón, durante la Semana Negra. Citando a Casablanca, ese fue el principio de una hermosa amistad literaria que ha desembocado en estas líneas.

Aunque lo descubrirán muy pronto ustedes mismos, Marc es un gran discípulo de Stephen King quien es, a su vez, uno de los grandes narradores de nuestro tiempo. Y, como todo buen alumno, no se limita sólo a haber aprendido de su maestro, sino que, una vez dominadas las he-

ramientas y las técnicas del oficio –escribir terror es una de las dedicaciones más exigentes dentro de la literatura– ha conseguido superarlo al menos en tres puntos: Marc Soto domina la omisión (no se empeña en contárnoslo todo, absolutamente todo, como King), sus personajes femeninos son creíbles, y no necesita usar constantemente chistes y groserías para convencernos de que le tiene tomado el pulso a la realidad del momento.

Marc R. Soto nos trae en estas páginas un puñado de historias concebidas como *fix-up*, es decir, interrelacionadas, que se van ajustando entre sí hasta dar una imagen global cuando se cierra el libro. Si, en contra de mi advertencia, han leído hasta aquí, quizá no esté de más que les diga que no se alteren al darse cuenta de que el relato que abre el volumen parece terminar de un modo absurdo, como si de pronto al autor se le hubieran acabado el papel o las ideas; sigan leyendo y todo se cerrará satisfactoriamente al final.

A lo largo de los relatos que forman el volumen, Marc R. Soto nos va presentando por un lado el mundo tal como lo conocemos: una realidad española, auténtica, de personajes de clase media y baja con sus problemas cotidianos de trabajo, de relaciones afectivas, de dinero, de sueños incumplidos... y que hablan como nosotros. Y dentro de esa realidad que reconocemos como propia, no como pastiche de la estadounidense, de repente, en la mejor tradición del terror, aparece un elemento de caos, un... «fenómeno» por decirlo en la terminología de Joël Malrieu, que provoca la ruptura de ese orden en el que se movían los personajes. A partir de ahí, Marc R. Soto nos lleva por las oscuras sendas del terror mostrándonos la cara oculta de la realidad que creíamos conocer y hasta cierto punto dominar. Y lo hace muy bien, forzándonos a pasar las páginas para ver qué pasa, qué viene después, cómo consiguen salir de la angustiada situación en que se encuentran. O más bien si consiguen salir porque, en la

nueva narrativa de terror en la que Marc trabaja, el orden no siempre se reinstaura y el lector no puede contar de antemano con el final feliz que le permitirá dormir tranquilo pensando que los monstruos serán derrotados y todo volverá a estar bien.

Usando con buen pulso todos los recursos del género, Marc R. Soto no desdeña ni lo más primitivo, (la repugnancia, aunque muy bien dosificada y sin exagerar), ni las situaciones y constelaciones que van creando el horror en la mente de sus lectores hasta que, en algunos momentos particularmente felices, como es, en mi opinión, el caso de Mosquitos, podemos acceder incluso a la meta última de todo escritor que haya elegido este género: el terror.

Cuando, hace un par de años, leí el primer relato de Marc, supe de inmediato que estaba ante un narrador de raza. Y lo que es más importante: ante un narrador disciplinado, alguien que sabe que tiene el talento necesario pero que eso no basta, que hay que dominar las herramientas del oficio, que hay que elegir con mucho tiento al narrador de la historia, que hay que trabajar duro para que las palabras digan exactamente lo que tienen que decir, para que una sola palabra susurrada levante ecos por todo el castillo hasta llegar a la cripta y al desván, que es donde, desde siempre, se han ocultado los monstruos.

Pero en estas páginas los monstruos están mucho más cerca: en la sala de estar de un adosado recién construido, en el espejo de tu cuarto de baño, en tu cama, dentro de ti.

Señoras y señores, pasen y lean. Y no se molesten en dejar la luz encendida: los monstruos actuales ya no respetan ninguna convención. Entrarán de todos modos.

Elia Barceló

El hombre divergente (1)

1

–Para ti es fácil decirlo porque ya tienes un crío, pero Paula y yo...

–Vale, ¿sabes qué? Un gato. Eso es lo que tienes que hacer: comprarle un gato a tu mujer.

Aunque los hornos estaban en el extremo opuesto de la fundición, el calor en el vestuario era asfixiante. Los dos hombres se esforzaban por retirar el hollín de sus rostros frente a los lavabos que colgaban de la pared forrada de azulejos desportillados. Las pastillas de jabón Chimbo –las únicas que servían para ese propósito– flotaban en sendos charcos de espuma sucia. Tras ellos, la docena de trabajadores del turno de noche guardaba los buzos apesados en las taquillas antes de volver a sus hogares.

Esteban alzó la cabeza y se miró en el espejo. La mugre se resistía a salir. Era imposible eliminarla del todo por más que se esforzara. Se le metía en las orejas, bajo las uñas, en las fosas nasales. Cuando llegara a casa se pasaría el día sacándose mierda de la nariz y tendría pintada la raya del ojo. A Paula le hacía gracia que no fuera capaz de limpiarse la cara como Dios manda –siempre le preguntaba, entre hiriente y divertida, si se ganaba la vida trabajando de *drag queen*– pero se ponía hecha una furia cada vez que tenía que lavar a mano los pañuelos llenos de porquería.

Paula...

Esteban suspiró, apoyó las manos en el borde del lavabo y se volvió hacia su compañero:

–Oye, no es ninguna tontería eso que has dicho. Me parece un consejo cojonudo, porque un gato es precisamente...

Entonces Eduardo abrió los ojos.

2

Parpadeó una vez. Dos. Había vuelto. Estaba en casa.

Giró la cabeza para mirar a un lado y otro. Era su cuarto de baño, sin duda: la toalla verde, el cesto con la ropa sucia, el vaso con el tubo de pasta dentífrica, su cepillo junto al de Inés... Eduardo se agarró con fuerza al borde del lavabo, tal y como lo había hecho Esteban en la fundición hacía unos segundos (¿o tal vez fueran años?, ¿o tal vez aún no hubiera sucedido?), y clavó la barbilla en el pecho.

–Tranquilo –masculló apretando la mandíbula–. Tranquilo.

Cuando consideró que había recuperado la calma alzó la cabeza y se miró en el espejo.

Nada, todo era correcto. Tenía el rostro limpio. Nada de hollín. No era una divergencia, sino tan sólo...

Tan sólo, ¿qué?

No lo sabía. Tal vez fuera una alucinación. Últimamente no dormía como es debido. No descansaba lo suficiente. Sí, sin duda se trataba de eso. Una pesadilla diurna. Como las arañas la noche anterior. Nada más que una pesadilla.

Hasta el cuarto de baño llegó el borboteo del hervidor. Eduardo terminó de secarse, dejó la toalla en el cesto y se vistió. Ya en la cocina, se sirvió una taza de té. La tomó junto al fregadero para ahorrar tiempo, aunque todavía eran las siete y veinte de la mañana. La oficina de correos no quedaba lejos, pero si algo odiaba Eduardo era llegar tarde al trabajo.

3

Cuando salió del portal aún no había amanecido. Eduardo alzó el cuello del abrigo, hundió las manos en los bolsillos y comenzó andar por la calle desierta tratando de no pensar en lo que había ocurrido en el cuarto de baño minutos antes, aunque sin demasiado éxito. Cuanto más se esforzaba en olvidar, con mayor insistencia se obstinaba su mente en recordarlo todo. Había estado en su cuarto de baño y un segundo después había dejado de estar ahí para aparecer en una fundición, para ser el obrero de una fundición, y por más que insistiera, por más que tratara de convencerse a sí mismo de que no había sido más que una pesadilla, la verdad era que una parte de él sabía que eso no era cierto.

«Puedes mentir a tu madre, puedes mentir a tus amigos, a tu mujer e incluso a ti mismo, —se dijo—. Pero no a todos todo el tiempo, y a ti menos que a nadie».

Eduardo apretó la mandíbula, cerró los puños dentro del chaquetón y siguió caminando.

Era una calle secundaria paralela a la Calle de Burgos, a la que llegaría tras girar a la izquierda un centenar de metros más adelante y bajar por Peñas Redondas. La niebla lamía las fachadas y conjuraba un halo dorado alrededor de cada farola. Durante la noche había llovido y ahora los adoquines de la calzada refulgían con un brillo quitinoso.

Antes de llegar a la esquina pasó ante el escaparate de la vieja colchonería. Nunca se detenía allí, pero en aquella ocasión lo hizo. De pronto acababa de tener la idea, la absurda idea, de comprar una cama. O quizá sólo el colchón. El pensamiento había surgido sin más, como un globo que alguien hubiera soltado desde el fondo de un pozo de aguas negras.

Permaneció unos segundos con la mente en blanco ante el escaparate bañado por la luz descarnada de los tubos fluorescentes («sueñe con nosotros», rezaba el cartel al otro lado del cristal), la mirada desenfocada, las manos en los bolsillos, el vapor de su respiración enroscándose sobre su cabeza hasta fundirse con la niebla, acariciando aquella idea: un colchón nuevo, sí, sin duda, porque el otro ya no servía, el otro estaba

lleno de arañas

viejo y quizá tuviese

arañas por todas partes, se esconden entre los muelles, salieron de

bultos y por eso no podía dormir bien por las noches.

Eduardo se agitó presa de un profundo escalofrío y apartó la mirada del escaparate. Su pulso se había disparado de repente, y tenía las sienes sudorosas y un molesto hormigueo en la espina dorsal, como si algo pequeño estuviera trepando por su espalda, algo que quizá le había acompañado desde que se levantó de la cama, algo que quizá había salido de...

Pero qué absurdo, pensó. Tan sólo había sido una pesadilla. La noche anterior había llegado tarde a casa, y muy cansado, eso era todo.

El hormigueo en su espalda desapareció y Eduardo, algo más tranquilo, se dispuso a reemprender el camino hacia el trabajo. Sin embargo, cuando hundió la barbilla en el cuello del abrigo, vio que los cordones de uno de sus zapatos se habían desatado. Con un bufido, caminó hasta uno de los bancos que jalonaban la acera y se dispuso a atarlos.

Y fue en aquel momento, con un pie sobre el banco, los dedos enredados en los cordones, cuando volvió a suceder.

Al principio fue sutil, pero no tardó en ganar intensidad. La sensación de que algo estaba a punto de suceder,

de que algo *estaba sucediendo* en aquel mismo instante, lo dejó sin aliento.

«No puede ser, –pensó–. Tan pronto no».

Pero lo era, y de repente había luz y había calor y no podía mover un solo músculo de su cuerpo.

Desesperado, trató de cerrar los ojos, pero los párpados se negaron a moverse. Con la cabeza inclinada hacia abajo, no podía apartar la mirada del banco y los zapatos, que ya no eran sus zapatos marrones de piel, sino unas zapatillas deportivas blancas con el logotipo de Nike reluciendo como una hoz plateada en el empeine. La luz del sol bañaba la madera. Eduardo trató de moverse, pero no podía, estaba condenado a permanecer inmóvil sin poder apartar la mirada de la hoz plateada, de la pintura descascarillada del banco de madera en el que alguien había grabado a punta de navaja dos iniciales que flanqueaban una equis temblorosa. Una hormiga avanzaba en diagonal por el trazo derecho de la equis hacia la zapatilla deportiva, y Eduardo pudo ver las abultadas secciones de su cuerpo, las patas vibrátiles, las antenas que exploraban el camino ante ella.

Eduardo quiso tragar saliva, levantarse, pero estaba completamente paralizado. Sin apenas darse cuenta, comenzó a contar mentalmente como hacía cuando era pequeño y se despertaba de pronto encerrado en un barril de manzanas, o en una habitación desconocida con un cúter en la mano.

Uno...

Dos...

Al llegar al tres alcanzó a escuchar un sonido lejano, una serie de crujidos broncos como de iceberg que se resquebraja. La hormiga, cuyas antenas estaban ya tanteando el borde la zapatilla deportiva, se detuvo y se giró hacia el ruido. El seis fue un fuerte petardeo mecánico. Al siete lo acompañó un olor dulzón y nauseabundo. La hormiga había cambiado de opinión al escuchar el estruendo

y se dirigía ahora hacia su mano diestra, que descansaba en el banco con los cordones desatados aún entre los dedos. Eduardo se estremeció, porque lo que le preocupaba no era la hormiga. La hormiga sólo pasaba por allí. Lo que le preocupaba era lo que no podía ver, lo que había producido aquellos crujidos primero y aquel petardeo después, lo que estaba a su espalda.

«Tranquilo, tranquilo, sigue contando. Sólo contar. Sólo eso y pasará. Nada más, como cuando eras crío».

Ocho...

El nueve fue interrumpido por el sonido de algo blando que se desplomaba. El petardeo sonaba ahora justo detrás de él. La hormiga trepaba por la uña de su dedo índice. Eduardo trató de incorporarse otra vez, pero fue inútil.

Y entonces, al llegar al diez, regresó.

Se incorporó tan rápido que durante unos segundos todo giró ante sus ojos. Volvía a ser de noche —el cielo comenzaba a clarear al fondo de la calle—, y volvía a hacer frío. De nuevo una mañana de invierno, con la bruma moteando finamente los cristales de sus gafas, los fluorescentes de la colchonería derramando su luz blanca en la acera.

«¿Y eso?, —se preguntó, respirando agitadamente—. ¿Qué ha sido? ¿También vas a decirme que lo has soñado despierto?».

«Sí, sí, por supuesto. No han quedado restos, ¿verdad? No me he traído nada, ¿verdad? ¿Ves alguna hormiga en la mano? No, así que no es una divergencia».

«Pero tal vez se cayó. Tal vez...».

«No lo es. Punto».

Eduardo se puso de nuevo en movimiento, consciente a cada paso del sonido que hacían los cordones al golpear los charcos, pero sin valor para agacharse y anudarlos o siquiera mirar hacia abajo mientras caminaba, porque si viera los zapatos, los mismos zapatos marrones de